

AUSENTISMO PATERNO EN CHILE: ANTECEDENTES Y DESAFÍOS

Catalina Siles V.
Investigadora asociada IES

"El padre continúa siendo una figura ajena, degradada y casi invisible, muchas veces considerada indiferente o, en el mejor de los casos, secundaria en comparación con la madre, sobre la que aún recae la mayor parte de las expectativas y responsabilidades familiares."

Catalina Siles V¹

"Mi padre escogió irse, y su vacío me ha dejado la noción de hogar mutilada, arrasada como por guerra o siniestro. Ustedes ya habrán notado que en mis canciones de cuna y en cuanto he escrito para el niño, se echa de menos la presencia recia y tierna del padre, santo y seña del hogar protegido. No me lo dio el destino y no puedo inventarlo en mi corazón, de donde salen los versos".

Gabriela Mistral, "Hija del cruce" (1942)

Introducción

En las últimas décadas la figura paterna ha experimentado un proceso paradójico en Chile, siguiendo la tendencia de otros países del mundo occidental. Por un lado, en todos los estratos sociales las representaciones sobre la paternidad se han distanciado de la matriz tradicional o "moderno industrial", caracterizada por la imagen del padre distante y jerárquico, centrado en su trabajo y en proveer a su familia. Dichas representaciones han sido reemplazadas por un modelo paterno más cercano desde el punto de vista afectivo, involucrado en la vida cotidiana de sus hijos y más colaborativo en la crianza. Aunque este movimiento ha sido de largo aliento —ya Tocqueville habla de los efectos que la igualdad democrática sobre los vínculos familiares, recorriendo las distancias tradicionales entre padres e hijos²—, éste se ha agudizado en las sociedades contemporáneas producto de cambios demográficos, socioeconómicos y culturales de diversa

índole. Así, actualmente se postula la idea de una "nueva paternidad", y si bien este ideal cultural presenta un desfase respecto de lo que sucede efectivamente en la práctica —y no está exento de contradicciones y ambigüedades—, ha ido afianzándose paulatinamente, sobre todo en las generaciones más jóvenes.

Por otro lado, y en paralelo al fenómeno anterior, la ausencia del padre en muchas familias —que ha sido una constante en la historia chilena—, es todavía un problema. Más aún, ha encontrado nuevas manifestaciones en un contexto de agudas transformaciones en las configuraciones familiares, tanto en su estructura como en su dinámica interna. Así, para un porcentaje importante de la población, el padre continúa siendo una figura ajena, degradada y casi invisible, muchas veces considerada indiferente o, en el mejor de los casos, secundaria en comparación con la madre, sobre la que aún recae la mayor parte de las expectativas y responsabilidades familiares.

¹ Licenciada en historia por la Universidad de los Andes (Chile) y magíster en historia y sociología por la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde actualmente cursa un doctorado en sociología. Es investigadora asociada del IES.

² Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (Madrid: Akal, 2007), Vol. II, tercera parte.

El propósito de este documento es aproximarse al contradictorio escenario recién descrito. En primer lugar, ofreceremos un panorama general de la situación actual de la paternidad en Chile, con especial énfasis en el problema de la ausencia paterna. Luego, realizaremos un breve repaso histórico que ayude a comprender el origen de la debilidad de la figura del padre en la cultura chilena y latinoamericana y, como contrapunto, la centralidad de la madre en ella. En la sección que sigue buscamos mostrar cómo los intentos por introducir al padre en la familia, aun cuando tuvieron efectos beneficiosos, también trajeron consigo dinámicas internas que, bajo una rígida separación de roles, aseguraron una presencia física que no siempre estuvo acompañada de un involucramiento afectivo y cotidiano. El cuarto apartado muestra cómo el camino hacia un nuevo modelo de paternidad, más cercano y participativo, se ha enfrentado a un escenario contemporáneo no exento de contradicciones que nos deja en la situación paradójica en que nos encontramos. Finalmente, añadimos algunas consideraciones en torno a la necesidad de articular las condiciones sociales que favorezcan y hagan efectivamente posible las exigencias de una nueva paternidad.

I. Panorama actual

El avance hacia un nuevo modelo de paternidad, en particular en las nuevas generaciones, ha permitido una participación más comprometida en las actividades cotidianas relacionadas con la crianza y la vida familiar (juego, alimentación,

cuidados o educación). Tanto estas actividades como el vínculo más íntimo y expresivo con los hijos recaían antes de manera prioritaria en la madre³. Si bien en Chile y América Latina existen pocos datos cuantitativos y cualitativos que nos permitan dar cuenta de este cambio, algunas investigaciones⁴ muestran un avance respecto a las generaciones anteriores. Ahora bien, vale la pena advertir desde el inicio que, al hablar de una matriz “tradicional” o una “nueva paternidad”, nos referimos a modelos culturales con una enorme fuerza y extensión que, sin embargo, no representan la totalidad de las experiencias de paternidad históricas o actuales. Estas siempre exhiben características heterogéneas, plurales y muchas veces ambiguas. No obstante, acá se busca mostrar tendencias generales que contribuyen a explicar cambios sociales de cierta envergadura al interior de la familia, poniendo el acento en algunas dimensiones específicas relacionadas con la ausencia paterna.

De este modo, al mismo tiempo que se evidencian algunas transformaciones hacia una “nueva paternidad”, todavía permanecen estilos y elementos de la matriz tradicional que conviven y se entremezclan con los nuevos patrones, provocando tensiones sociales de diversa índole en la forma de comprender y desempeñar este papel. En un estudio del Sernam (2012), el 77,0% de los padres encuestados señalaba que la madre era la principal responsable de sus hijos, seguido de sus abuela(o)s 11,0%. Solo el 8,0% de estos pensaba que ellos mismos eran los principales responsables de sus hijos⁵. La encuesta IMAGES (2011), por su parte, muestra que si bien a un porcentaje

3 Ralph LaRossa, “Fatherhood and Social Change,” *Family Relations* 37, 4 (Octubre 1988); Jack Goody, *La evolución de la familia y el matrimonio en Europa* (Barcelona: Herder, 2009); Fernando Vidal, *La revolución del padre* (Bilbao: Ediciones Mensajero, 2018).

4 Loreto Rebolledo, “Del padre ausente al padre próximo. Emergencias de nuevas formas de paternidad en el Chile actual,” en Kathya Araujo y Mercedes Prieto (eds.), *Estudios sobre sexualidades en América Latina* (Quito: Flacso, 2008), 123–40; José Olavarría, *Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto* (Santiago: Flacso, 2001); Ximena Valdés y Carmen Gloria Godoy, “El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos,” *Estudios Avanzados* 6, 9 (2008): 79–112. Ximena Valdés, “El lugar que habita el padre contemporáneo. Estudio de las representaciones de la paternidad en distintos grupos sociales,” *Polis* (Santiago) 8, 23 (2009): 385–410.

5 Estudio recogido en el informe de María José Bosch, María Paz Riumalló, María José Urzúa, “Nueva paternidad: Desafíos para la empresa y la sociedad” (Santiago: ESE, 2019).

importante de padres le gustaría dedicar más tiempo a sus hijos (76%), otro tanto afirma que su “rol en el cuidado de los hijos es principalmente como ayudante” (62%), evidenciando el papel secundario que todavía prevalece en el discurso sobre la crianza.

Asimismo, en Chile la corresponsabilidad parental sigue siendo un tema pendiente. Según la escasa evidencia disponible, la participación masculina en las labores domésticas y de crianza ha aumentado en los últimos años, particularmente en las generaciones más jóvenes, pero todavía existe una enorme brecha de género en este ámbito, que quedó de manifiesto con mayor claridad durante la pandemia. Por ejemplo, en un estudio realizado por el Centro UC de Estudios y Encuestas Longitudinales, en conjunto con ONU Mujeres y el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género durante el año 2020 (en plena pandemia), los resultados mostraron que el 38% de los hombres no destina ninguna hora semanal a tareas domésticas y que 57% dedica cero horas a actividades relacionadas con el cuidado de niños menores de 14 años; tareas que quedan en manos de las mujeres, incluso cuando ellas realizan trabajos remunerados. Aunque las cifras son transversalmente altas en todos los estratos socioeconómicos y rangos etarios, la proporción de los llamados “hombres cero” se incrementa a medida que aumenta la edad de los encuestados y disminuye el nivel socioeconómico.

La baja responsabilidad y participación paterna en otros ámbitos muestra también niveles preocupantes. Según los datos del Poder Judicial chileno, un 84% de los deudores en causas de alimentos no paga la pensión fijada por el tribunal, lo que significa que alrededor de 70 mil niños, niñas y adolescentes no reciben su derecho a los alimentos correspondientes. Además, del total de niños que no reciben el pago de pensión de alimentos,

el 65% forma parte de la población de menores ingresos⁶. Asimismo, durante el 2016 hubo 20.138 nacimientos con padres no comparecientes o registros sin padre reconocido, equivalentes al 8,7% total de inscripciones de nacimientos del año (Estadísticas Vitales INE 2016). Este escenario se da mayoritariamente en casos de madres jóvenes y con estudios medios (completo e incompleto) y básicos.

En paralelo, el porcentaje de niños que no viven con sus padres es cada vez mayor. Los datos de la encuesta Casen 2017 indican que un 31,1% de los hogares corresponden a estructuras monoparentales con jefatura femenina, es decir, que no cuentan con un padre residente. En los últimos 20 años, la proporción de hogares sin padre residente casi se ha duplicado, particularmente en las familias jóvenes y de los estratos socioeconómicos más bajos (Encuesta Bicentenario 2014 y Encuesta Longitudinal de Primera Infancia [ELPI] 2017). Este incremento en las jefaturas de hogar femeninas en hogares monoparentales guarda relación con una progresiva disminución en la tasa de nupcialidad, las tendencias hacia mayores quiebres o separaciones de las relaciones de pareja, con mayor probabilidad de que las mujeres después de estos quiebres vivan solas, como veremos más adelante. Por ahora interesa constatar que este hecho no deja de ser relevante si consideramos que, según los datos de la Encuesta Bicentenario 2014, la variable principal que explica la evaluación paterna por parte de las madres e hijos es la condición residencial del padre. Vale decir, la evaluación negativa del ejercicio de la paternidad aumenta notablemente cuando el padre no vive con los hijos⁷. Esto es comprensible si advertimos que la no-residencia es un factor que, en general, incide notoriamente en la disminución de la cantidad y calidad del contacto y del involucramiento paterno cotidiano, pues

6 Ante la magnitud del problema, recientemente se aprobó la ley que crea el Registro Nacional de Deudores de Pensiones de Alimentos, para terminar con la impunidad en esta materia a través de la incorporación de sanciones de carácter patrimonial para los deudores.

7 Eduardo Valenzuela y Pilar Wiegand, “Paternidad en Chile. Una evaluación preliminar”, en Centro de Políticas Públicas UC, *Temas de la Agenda Pública* 10, 76 (marzo 2015): 43-51.

los padres no residentes deben superar mayores obstáculos para lograrlo. Según la encuesta ELPI, el 65,9% de los niños que no vivía con su padre se contactaba con él con mayor o menor regularidad, sin embargo, un 34,1% de ellos no tenía ningún tipo de contacto.

Los datos presentados muestran que la menor presencia y participación paterna en la vida de sus hijos, en sus diversas modalidades, es un asunto que afecta transversalmente a la sociedad chilena, pero más agudamente a los sectores con menores recursos socioeconómicos, contribuyendo a aumentar los niveles de desigualdad y vulnerabilidad social. Si se consideran los enormes beneficios o perjuicios que suponen respectivamente la presencia o ausencia del padre para los miembros de la comunidad familiar, según muestra gran parte de la evidencia disponible en otras latitudes, es posible comprender la relevancia que adquiere la paternidad al momento de transmitir ventajas y desventajas entre las nuevas generaciones. Dicho de otro modo, esta cuestión no es ajena a la reproducción de desigualdades. Más aun, podríamos pensar que en este punto reside una clave del malestar social —entre otras— que no ha sido suficientemente explorada hasta ahora. Si indagamos en realidades como el Sename o las cárceles⁸, seguramente advertiremos que el vínculo entre las situaciones de marginalidad que las rodean y el ausentismo paterno es más significativo de lo que nos gustaría reconocer, aunque obviamente no sea el único factor a tener en cuenta.

Por lo demás, no se trata de una realidad exclusiva de nuestro país. La ensayista estadounidense Mary Eberstadt desarrolla esta intuición respecto al reciente malestar social observado

en Estados Unidos, de un modo que bien podría aplicarse al caso chileno. En sus crudas palabras: “Los disturbios equivalen a disfunción social en desfile. Seis décadas de ciencias sociales han establecido que la forma más eficiente de aumentar la disfunción es aumentar la ausencia de padre”⁹. Como puede verse, para la autora, la ausencia paterna es una de las expresiones más gravitantes de la fragilidad familiar que caracteriza a las sociedades contemporáneas. Y en la medida en que el individuo queda desprovisto de las instancias y relaciones sobre las que se funda su identidad y el sentido de su existencia, no es imposible pensar que ese vacío pueda llegar a repercutir en conductas anómicas que amenacen la paz y estabilidad ciudadana.

No obstante, es necesario dar un rodeo histórico para aproximarse adecuadamente a esta cuestión con vistas a comprender sus antecedentes e implicancias. En efecto, el problema de la debilidad de la figura paterna en la vida familiar, reflejada en distintas formas y grados de ausencia, no es nuevo en Chile, sino que se arrastra desde sus orígenes, encontrando nuevas expresiones ante los cambios demográficos, socioeconómicos y culturales. Veamos.

II. La ausencia paterna en la raíz de la cultura mestiza latinoamericana y chilena.

La ausencia del padre ha marcado la historia de Chile y América Latina desde sus inicios, hasta convertirse en un mito fundacional de nuestra cultura. La antropóloga y premio nacional de Humanidades Sonia Montecino, en su célebre ensayo *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje*

8 Pilar Larroulet, “Cárcel, marginalidad y delito”. En Catalina Siles (ed.), *Los invisibles. Por qué la pobreza y la exclusión social dejaron de ser prioridad* (Santiago: IES, 2015).

9 Mary Eberstadt, “The Fury of the Fatherless”, *First Things*, diciembre 2020. Disponible en: <https://www.firstthings.com/article/2020/12/the-fury-of-the-fatherless> (Acceso: 25 de octubre 2021).

chileno¹⁰, y el sociólogo Pedro Morandé, en *El varón en la cultura. Reflexión sociológica*¹¹, abordan el fenómeno desde una perspectiva cultural como consecuencia dramática del proceso de mestizaje. La unión entre españoles e indígenas pocas veces terminó en un vínculo conyugal, dejando a la madre sola con su hijo huacho: “El padre español se transformó así en un ausente. La progenitora, presente y singular, era quien entregaba una parte del origen: el padre era plural, podía ser este o aquel español, un padre genérico”¹². De este modo, dice Morandé, la imagen del padre quedó escindida respecto del hijo a quien, por razones sociales, no podía reconocer. Solo representaba una función, un papel ritual, pero sin rostro concreto y, en consecuencia, el único punto de referencia para el hijo pasó a ser la madre, con la que sí fue posible establecer una relación personal¹³.

Según varios autores, esta situación se prolongó durante la época colonial e inicios de la historia republicana hasta formar parte esencial de la cultura mestiza latinoamericana: los hijos emularon el carácter errático y ausente del padre, reproduciendo el fenómeno del *huachismo* y la constitución de la familia alrededor de la madre como eje principal¹⁴. En efecto, el hombre mestizo del siglo XIX, representado históricamente en la figura del peón, tendió a replicar la conducta masculina típica proveniente desde los tiempos de la Colonia. El estado de tránsito constante de un lugar a otro les permitió mantener espacios de autonomía e independencia que eran altamente valorados por ellos, pues “se basaba en un sentimiento de ser

dueños de su propio camino”¹⁵. El peonaje, perteneciente al mundo rural, evadía por todos los medios ser “domesticado” y, por tanto, evitaba atarse a la tierra o a un trabajo fijo y, sobre todo, evitaba establecer relaciones familiares perdurables.

Para un peón-gañán, afirma el historiador Gabriel Salazar en su obra *Ser niño “huacho” en la historia de Chile*, “ser padre no era sino un accidente —o una cadena de incidentes— en la vida de su prole”. Las relaciones familiares en los contextos populares decimonónicos fueron ajenas a los prototipos tradicionales —las uniones monógamas y estables— que solo se encontraban aparentemente en sectores de las élites. Aparentemente, pues muchas veces el padre ausente era el patrón o el hijo del patrón, pero cuya paternidad se mantenía oculta. Así, la poligamia informal del hombre de clase media y alta fue un fenómeno que se escondía detrás de la supuesta adecuación al prototipo conyugal nuclear. Por el contrario, en el mundo popular estos vínculos se enmarcaban en un clima de libertad y autonomía: los hombres “aparecen y desaparecen” en los ranchos, como señala Salazar, engendraban hijos y cada cierto tiempo regresaban para volver a irse. Muchas veces pasaban largas temporadas sin tener ningún “noticiamiento” y se iba alejando de la vida de sus hijos e hijas hasta convertirse solo en una leyenda: “en un padre mítico, legendario, pero lejano e inútil”.

Las explicaciones detrás de la fragilidad de este tipo de relaciones, que reproducían la debilidad de la figura masculina en el hogar como esposo y padre, son, en los albores del Chile republicano

10 Sonia Montecino, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2001).

11 Pedro Morandé, “El varón en la cultura. Reflexión sociológica (1984),” en Andrés Biehl y Patricio Velasco (eds.), *Pedro Morandé. Textos sociológicos escogidos* (Santiago: Ediciones UC, 2017), 65–77.

12 *Ibid.*, 73.

13 Suele alabarse de la colonización española el hecho de que trajo consigo un alto nivel de mestizaje, en contraste con la relativa ausencia de este en Norteamérica. Pero eso se explica, al menos en parte, porque la colonización en el norte es realizada por familias y acá por hombres aventureros en solitario, con la consecuencia que notamos en ese párrafo.

14 Montecino, *Madres y huachos*; Gabriel Salazar, *Ser niño “huacho” en la historia de Chile*. (Santiago: LOM Ediciones, 2006); Alejandra Brito, *De mujer independiente a madre. De peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena 1880-1930* (Concepción: Ediciones Escaparate, 2005).

15 Brito, *op.cit.*, 65.

y de gran parte de América Latina, de diversa índole. Acá mencionamos dos elementos que nos parecen particularmente relevantes. En primer lugar, para algunos autores¹⁶ esta situación se comprende bajo la existencia de una estructura socioeconómica que dificultaba las uniones permanentes y estables. Por un parte, una gran masa de hombres debía estar continuamente movilizándose en busca de fuentes laborales y, por otra, la migración urbana a fines del siglo XIX y comienzos del XX contribuyeron a este fenómeno. A esto se sumaban los vástagos ilegítimos que dejaban las uniones del hacendado con las mujeres campesinas adscritas a su tierra que, como es de suponerse, no eran reconocidos por sus padres, dejándolos muchas veces a su suerte y con una identidad confusa¹⁷.

En segundo lugar, el ausentismo paterno guardaba estrecha relación con la informalidad de las relaciones familiares y la cuestión de la ilegitimidad, que fue endémica en la región, sobre todo los sectores populares¹⁸. Los hijos nacidos fuera del matrimonio eran considerados “ilegítimos” y, por tanto, no gozaban del mismo estatus ni de los mismos derechos que aquellos nacidos dentro de este vínculo, reproduciendo las inequidades de clase, género y raza¹⁹. El concepto de “ilegitimidad” escondía un amplio espectro de arreglos sexuales y sociales, que iba desde uniones consensuales relativamente estables y permanentes,

uniones casuales, adúlteras, hasta violaciones, tanto entre personas de igual condición social o de condiciones asimétricas —como señala la historiadora Nara Milanich en su obra *Children of Fate*—. Sin embargo, al quedar fuera de la institucionalidad y de la presunción de paternidad que conllevaba el matrimonio, introducía la duda sobre la paternidad del niño que, al ser difícil de probar, facilitaba que el padre se desentendiera de sus responsabilidades, dejando al niño *huacho*.

La mujer usualmente sabía que no contaba con el apoyo del padre y que, por tanto, debía sustentar proyectos de subsistencia autónomos y “cargar” sola con sus numerosos hijos e hijas sin el apoyo masculino.

Siguiendo el modelo napoleónico, el Código Civil chileno, promulgado en 1855, y que tuvo una gran influencia en la legislación de otros países latinoamericanos de la época, abolió la investigación sobre paternidad, lo que acentuó el problema de la ilegitimidad. En efecto, a partir de los preceptos del nuevo Código Civil la paternidad extraconyugal se convirtió en un vínculo voluntario más que en un hecho biológico, dado que esto último era casi imposible de

comprobar. La paternidad —a diferencia de la maternidad, que estaba basada en el hecho material y palpable del nacimiento— era ante todo un misterio, lo que implicaba que en el caso de los nacimientos ilegítimos solo el padre, a través de un gesto voluntario de reconocimiento legal, podía establecer el vínculo de filiación en términos formales, lo que en general ocurría solo en un porcentaje mínimo de casos²⁰.

Así, de una forma u otra, muchos niños se transformaban inexorablemente en *huachos*. Su

16 Salazar, *op.cit*; Brito, *op.cit*; Teresa Valdés, *La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX* (Santiago: LOM Ediciones, 2007).

17 Montecino, *op.cit*; Valdés, *La vida en común*.

18 Según las estadísticas oficiales en Chile, las cifras de nacimientos extraconyugales, que seguramente están muy subestimadas, son del 20% para 1850, 30% en 1890, y cerca del 40% hacia 1920.

19 Nara Milanich, *Children of Fate. Childhood, Class, and the State in Chile, 1850–1930* (Durham: Duke University Press, 2009). La autora señala que mientras el origen de los demandados era bastante diverso (algunos adinerados y prominentes hombres, y otros de extracción más modesta), las mujeres demandantes, en cambio, solían pertenecer a las clases populares.

20 Milanich, *op.cit*

identidad, que surgía de una experiencia vital arraigada, estaba marcada por la ausencia, ya sea física y/o afectiva del padre²¹. Como contrapunto, naturalmente, se alzaba la figura de la madre. La identidad femenina —a diferencia de la masculina— se constituyó en torno a la maternidad; pero —al igual que la de los hombres— era una identidad independiente. En efecto, la mujer usualmente sabía que no contaba con el apoyo del padre y que, por tanto, debía sustentar proyectos de subsistencia autónomos y “cargar” sola con sus numerosos hijos e hijas sin el apoyo masculino²². Como señala Gabriela Mistral a continuación del epígrafe citado al inicio: “Mi sentido del mundo es maternal, necesariamente entibiado de madre, porque ella me dio desde la palabra a los gestos y aunque yo sea una grandota, muy lenta y tosca, doy a mi modo los mismos andares que mi linda viejita, alácrata y rauda como un picaflor”²³. Aquí conviene notar que tanto en el pasado como hoy ha sido evidente que los modos en que se viva la paternidad repercutirán en la manera en que se viva la maternidad, y viceversa. Abordar, por tanto, el problema concerniente a una de las partes exige necesariamente incluir a la otra, dada su naturaleza relacional.

Todo esto tiene implicancias que perduran hasta hoy. Así, para Salazar y Morandé el reproche al padre ausente estaría, paradójicamente, en la matriz del machismo nacional —que sería otro elemento esencial de la identidad mestiza—, como una forma de exaltar una masculinidad herida en la paternidad. La ausencia del padre se asocia con la figura del “macho”, como aquel hombre con un comportamiento egocéntrico,

incapaz de asumir responsabilidad conyugales y filiales. Dicha incapacidad lo lleva a establecer relaciones informales y despóticas con las mujeres como signo de virilidad, y a desatender a los hijos o hijas que puedan resultar del fruto de esas relaciones, considerados como ilegítimos, abandonando a ambos a su suerte²⁴. Para Octavio Paz, bajo este contexto, “la frase ‘yo soy tu padre’ no tiene ningún sabor paternal, ni se dice para proteger, resguardar o conducir, sino para imponer una superioridad, esto es, para humillar...”²⁵. Se trataría, por supuesto, de una fórmula particular de machismo: a diferencia de los regímenes patriarcales, donde la figura paterna adquiere centralidad como símbolo de identificación y autoridad, el estereotipo del macho latinoamericano muestra más bien una figura frágil e irresponsable, por un lado, y violenta y arbitraria, por otro, como fruto de una masculinidad compensatoria²⁶. Hubo intentos por modificar esta tendencia y darle un lugar prominente al padre en la familia. Sin embargo, los resultados fueron ambiguos, como veremos en el siguiente apartado.

III. La construcción del modelo “tradicional”: el padre proveedor

Hacia fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, en Chile se fue construyendo la imagen del padre “tradicional” como la antítesis del padre ausente antes descrito. La fórmula familiar constituida primordialmente por la madre y sus hijos quiso ser modificada como mecanismo para hacer frente a distintas problemáticas sociales. Fundamentalmente, la principal explicación

21 Salazar, *op.cit.*

22 Brito, *op.cit.*

23 Gabriela Mistral, “Hija del cruce” (1942). En Rafael Sagredo (ed.), *Gabriela Mistral. Chile, país de contrastes* (Santiago: CChC-PUC-DIBAM, 2009), 147.

24 Violeta Sara-Lafosse, “Familias peruanas y paternidad ausente. Aproximación sociológica”, en Gonzalo Portocarrero y Marcel Valcárcel (eds.), *El Perú frente al siglo XXI* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995), 394-411.

25 Paz, Octavio, “El laberinto de la soledad,” en *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a El laberinto de la Soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 107.

26 Norma Fuller, “Repensando el machismo latinoamericano” *Masculinities and Social Change* 1, 2 (2012): 114–33.

a la “cuestión social” —con todas sus miserias— se concentró en la ausencia de modelos familiares que promovieran un orden material y moral necesario para el desarrollo del país²⁷. El progreso de la nación requería de la virtud pública y privada de sus ciudadanos, y estas solo podían inculcarse en un ambiente de estabilidad familiar hasta ese momento muy minoritaria. Así, las élites impulsaron, con mayor o menor éxito en las distintas capas sociales, un nuevo modelo que hoy llamamos “tradicional” —aunque fue bastante excepcional en la historia de Chile— basado en la unión monógama y estable, la autoridad paterna y su función central como proveedor y la dedicación materna a los asuntos del hogar.

La acción del Estado destinada a reconfigurar las relaciones familiares de acuerdo con este nuevo modelo nuclear urbano, a través de programas de seguridad social, salud, vivienda, salario familiar, entre otros²⁸, que servían de incentivos para este propósito, logró, en cierta medida, los resultados esperados. Las tasas de matrimonio subieron²⁹, al mismo tiempo que declinaron las cifras de nacimientos considerados “ilegítimos”, es decir, fuera del vínculo conyugal. En el caso de Chile, el porcentaje de niños nacidos en relaciones extraconyugales bajó de un 40% a un 16% entre 1920 y 1960, lo que, en teoría, parecía resolver en parte el problema del ausentismo paterno. Su presencia

forzada, sin embargo, generaría otro tipo de dificultades al interior de la comunidad familiar. Según la investigación de Alejandra Brito, las nuevas configuraciones basadas en la potestad patriarcal entregaron a los hombres completo control sobre los miembros de sus familias, obligando a las mujeres a depender de ellos para su subsistencia, lo que en muchos casos devino en nuevas situaciones de vulnerabilidad y maltrato. Ahora bien, es importante advertir que lo descrito hasta acá

son tendencias generales; es decir, estos cambios en las configuraciones familiares tuvieron experiencias positivas —por de pronto, otorgaba mayor estabilidad y seguridad a mujeres y niños, y promovía que los padres asumieran sus responsabilidades familiares—, pero al mismo tiempo, sin perjuicio de reconocer sus aspectos beneficiosos, cabe constatar la continuidad de ciertos patrones de vulnerabilidad.

En cualquier caso, hacia mediados del siglo XX, entonces, se establece lo que Valdés y Godoy³⁰ denominan como la matriz de la paternidad “tradicional” propia de las sociedades industrializadas³¹: un padre autoritario y distante, centrado esencialmente en su trabajo y en proveer a su familia, y unido a ella bajo el régimen conyugal. Nuevamente, se trata de caracterizaciones generales que admiten muchos matices, pues no todos los casos caían bajo esta descripción, siendo la paternidad

Hacia mediados del siglo XX se establece la matriz de la paternidad “tradicional” propia de las sociedades industrializadas: un padre autoritario y distante, centrado esencialmente en su trabajo y en proveer a su familia, y unido a ella bajo el régimen conyugal.

27 Macarena Ponce de León, Francisca Rengifo y Sol Serrano, “La ‘pequeña república’. La familia en la formación del Estado nacional, 1850-1929”, en Valenzuela, J. Samuel, Eugenio Tironi y Timothy R. Scully, C.S.C (eds.), *El eslabón perdido. Familia, modernización y bienestar en Chile* (Santiago: Taurus, 2006), 43-96.

28 Ponce de León *et. al*, *op.cit.*

29 En 1900 la tasa de nupcialidad comenzó a aumentar hasta el año treinta (9,1 por cada 1000 habitantes) manteniéndose relativamente estable entre los años cincuenta y noventa del siglo pasado (en torno a 7) para caer abruptamente el año 2000 a 4,4.

30 Valdés y Godoy, “El lugar del padre”.

31 Este modelo hundía sus raíces en la experiencia de las sociedades industriales anglosajonas, como muestra Ruth Bloch en *Gender and Morality in Anglo-American Culture, 1650-1800* (University of California Press, 2003).

siempre dinámica y heterogénea, con experiencias altamente positivas. No obstante, la evidencia disponible indica que predominó un modelo rígido de división de roles, lógicas y espacios, asociando lo público a los masculino y lo privado a lo femenino.

Si bien esto aseguró la presencia física del padre en el hogar, no logró, en muchos casos, una presencia afectiva o emocional en la vida familiar³². En otras palabras, la nueva posición estatutaria y el peso simbólico que adquiere la figura paterna bajo este modelo vino aparejada con una “inexistencia cotidiana casi absoluta. Una ausencia que termina por poner en cuestión su solidez”³³. En términos generales, puede decirse que el espacio doméstico dejado por el padre fue ocupado enteramente por la madre, reforzando la centralidad femenina en el ámbito familiar chileno. Este modelo se mantuvo hasta la década de los setenta aproximadamente, momento en que las configuraciones familiares experimentaron nuevas y agudas transformaciones, tanto en su estructura como en su dinámica interna, cuestionando el lugar de hombres y mujeres en la vida doméstica.

IV. Hacia una “nueva paternidad”: avances y contradicciones

La creciente demanda por una paternidad más próxima y comprometida se ha visto enfrentada a un escenario complejo que, al mismo tiempo que favorece cambios en esa dirección, impone nuevos obstáculos que los entorpecen, con resultados ambiguos que exigen una reflexión.

La revolución de género

La “revolución de género” como la han llamado algunos autores³⁴, ha supuesto un profundo cuestionamiento a la estricta separación de esferas que, durante más de un siglo y como consecuencia del proceso de industrialización, mantuvo a los hombres alejados del ámbito doméstico y a las mujeres fuera de la esfera pública. Esto dio pie a un proceso de cambio en las formas de comprender, en términos amplios, las relaciones de género y, en particular, la paternidad y maternidad. Sin embargo, estas transformaciones hacia una mayor equidad en la comprensión de las relaciones entre hombres y mujeres y la distribución de roles no han tenido el mismo alcance en todas partes, y en América Latina y Chile, sin duda, estamos ante una *revolución inconclusa*.

En efecto, mientras que la primera fase de tal revolución —la incorporación masiva de la mujer al mundo laboral y la esfera pública— ha tenido relativa fuerza³⁵ (aunque todavía débil en comparación a otras regiones), la segunda fase, que consiste en la incorporación masculina en la vida doméstica, ha tenido un rezago más importante. De este modo, los resultados relativos al ejercicio de la paternidad han sido ambiguos. Como mencionamos anteriormente, si bien las modificaciones a nivel normativo han ido avanzando en las últimas décadas hacia un modelo paterno más activo y comprometido, en la práctica no han tenido el mismo alcance a nivel cuantitativo ni cualitativo. De todos modos, es posible evidenciar cambios paulatinos al respecto. Por ejemplo, al comparar los datos de la encuesta Bicentenario entre el 2008 y el 2017 se observa que, aunque

32 Vidal, *La revolución del padre*.

33 Kathya Araujo y Danilo Martucelli, *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos (Tomo II)* (Santiago: LOM Ediciones, 2012), 148.

34 Frances Goldscheider, Eva Bernhardt y Trude Lappegård, “The Gender Revolution: A Framework for Understanding Changing Family and Demographic Behavior”, *Population and Development Review* 41, 2 (Junio 2015): 207–39; Esping-Andersen, Gosta, *Families in the 21st Century, Family Process* (Estocolmo: SNS Förlag, 2016).

35 Según datos del INE, en el trimestre de noviembre 2019 a enero 2020, previo al inicio de la pandemia en Chile, la participación laboral femenina alcanzó su valor máximo, 53,3%.

las mujeres continúan llevando la mayor parte de la carga respecto a las labores domésticas y familiares, se ha producido un aumento importante en el porcentaje de participación de los hombres en estos ámbitos³⁶. En otras palabras, la “revolución de género” ha motivado, aunque todavía no plenamente, a hombres y mujeres a intentar redefinir modelos y roles en la esfera pública y privada, sobre todo en las generaciones más jóvenes, donde existen mayores expectativas en este sentido³⁷.

Ahora bien, ¿cómo se explica esta revolución inconclusa? La respuesta guarda relación con asuntos de diversa índole. Por un lado, en algunos sectores todavía predomina una visión de separación de esferas, es decir, del rol masculino como proveedor, adjudicando al padre un lugar secundario o subsidiario en la crianza, y un rol femenino fundamentalmente asociado al ámbito doméstico. Por otro lado, a pesar de la buena disposición de un creciente número de padres hacia una mayor responsabilidad, muchos de ellos se enfrentan a una serie de obstáculos externos como las extensas jornadas laborales, la falta de políticas públicas y privadas —hoy centradas en la maternidad— que permitan compatibilizar familia y trabajo, y otras medidas que promuevan la participación paterna en diversas actividades de cuidado donde la presencia masculina continúa siendo baja³⁸.

Transformaciones en las configuraciones familiares

Estos cambios, caracterizados por la disminución de la tasa de nupcialidad y el aumento de la

cohabitación, el incremento del número de divorcios y del porcentaje de niños nacidos fuera del vínculo conyugal, así como la drástica disminución de la tasa de fertilidad, han tenido un fuerte impacto en las formas de participación de los padres en la vida familiar. Como señalaba en el primer apartado, la fragilidad o inestabilidad de las relaciones de pareja, que se ha intensificado en los últimos años, ha supuesto en los hechos sacar al padre del hogar. Es decir, ha significado que muchos niños no cuenten con un padre residente, lo que en un porcentaje importante de casos se traduce en dificultades adicionales para el involucramiento en la vida de sus hijos, sobre todo en lo que se refiere a las actividades más cotidianas³⁹.

En particular, el aumento de las uniones consensuales o convivencias en Chile durante las últimas décadas ha sido especialmente notoria. De acuerdo con las cifras entregadas por Ramm y Salinas⁴⁰, a partir de los datos censales y la encuesta CASEN, el porcentaje de mujeres entre 20 y 49 años en uniones de cohabitación subió de 4.8% en 1970 a un 52.8% en el año 2017, sobre todo entre las mujeres veinteañeras, donde esta proporción se eleva al 75%. Al mismo tiempo, según datos del INE, a partir de la década de los ochenta, la tasa de nupcialidad ha descendido progresivamente, pasando de 8 por cada mil habitantes en 1980 a 3.3 en el 2017. Aunque el fenómeno de la cohabitación ha sido poco estudiado en Chile⁴¹ y la falta de datos es preocupante, la evidencia en otros países muestra que, en promedio, este tipo de uniones suele tener menor duración en

36 Mientras que el 2008 las mujeres reportaban que el 30% de sus parejas realizaban la mitad de las labores del hogar y un 63% que realizaban nada o casi nada, en el año 2017 estas cifras cambian a un 43% en el primer caso, y a un 44% en el segundo.

37 Kathya Araujo, “Vida cotidiana y transformaciones de género: la esfera doméstica”, *Revista de la Academia*, 10 (2005), 77-117.

38 José Olavarría, “¿Dónde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica”, en Ximena Valdés y Teresa Valdés, *Familia y vida privada ¿Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?* (Santiago: Flacso, 2004), 215-50.

39 Paul Taylor, Kim Parker y Wendy Wang. “A tale of two fathers. More are active, but more are absent”, Pew Research Center, Social & Demographic Trends, 2011.

40 Alejandra Ramm y Viviana Salinas, “Beyond the Second Demographic Transition: Cohabitation in Chile”, *Journal of Comparative Family Studies* 50, 1 (2019): 75-97.

41 Manfred Svensson y Catalina Siles, *Vivir juntos. Reflexiones sobre la convivencia en Chile*. Cuadernillo IES, 2014.

comparación a las matrimoniales, afectando la estabilidad familiar. Según algunos datos para los países occidentales de Europa y Estados Unidos, las convivencias suelen terminar antes de los 5 años y solo una minoría de ellas permanece intacta por un periodo extendido⁴². Esto significa que es más probable que un porcentaje importante de los niños que viven en este tipo de contextos familiares termine en una situación de monoparentalidad femenina, afectando, en mayor o menor grado según las circunstancias, la relación con sus padres.

En este sentido, es relevante también considerar el progresivo y notorio incremento del número de nacimientos fuera del vínculo matrimonial. Si en 1960 el porcentaje de estos casos correspondía a un 16%, actualmente la cifra llega a un 75%, de acuerdo con los datos proporcionados por el Registro Civil (2018), la tasa más alta dentro de los países de la OCDE. En esa línea, es importante subrayar que la cifra supera ampliamente la tendencia de los países desarrollados, lo que muestra que no se trata de una directriz hacia el progreso, sino que los cambios familiares recientes han reproducido y aumentado el mismo problema provocado por los paradigmas previos, con serias consecuencias sociales. De este modo, hoy en Chile la mayor parte de los niños nace en contextos familiares que, según la evidencia disponible⁴³, presenta menores niveles de estabilidad, aumentando las probabilidades de sufrir las consecuencias de una ruptura. Ahora bien, sin duda que este

En términos generales, los niños que cuentan con un padre presente reportan mejores índices de bienestar en diversos ámbitos vitales: salud física y psicológica, afectivo, económico, educacional, social y ambiental.

tipo de quiebres familiares afectan también de forma creciente a las uniones matrimoniales, ya sea a través de separación o divorcio, aunque en menor medida que en el caso de arreglos más informales. Respecto del divorcio, se trata de un fenómeno reciente en Chile, dado que su aprobación legal tuvo lugar el año 2004. Según los datos proporcionados por la socióloga Viviana Salinas para los años 2006-2014, después de un periodo de crecimiento importante hasta el 2009, en que la tasa bruta de divorcio alcanzó el 3.7 por mil habitantes, esta se ha estabilizado, bordeando una tasa de 2.7 por mil habitantes para los últimos años⁴⁴.

Es importante precisar aquí que los efectos de los quiebres conyugales y la salida del padre del hogar en las relaciones paterno-filiales dependen de múltiples factores; es decir, no todas las familias ni todos los padres experimentan la separación del mismo modo. Aun así conviene tener presente que, en general, estos deben enfrentar mayores obstáculos, materiales y sociales para mantener involucrados en los distintos ámbitos de la vida de sus hijos, sobre todo en términos cotidianos.

Crisis simbólica de la paternidad

Una serie de giros filosóficos y antropológicos contemporáneos también han tenido profundas consecuencias en la comprensión del lugar del padre en la familia, provocando una crisis simbólica de la paternidad. En primer lugar, como

42 Kathleen Kiernan, "Cohabitation in Western Europe: trends, issues and implications", en Alan Booth y Ann Crouter. *Just living together. Implications of cohabitation on families, children and social policy* (Lawrence Erlbaum Associates, 200), 8.

43 Soledad Herrera, Viviana Salinas, y Eduardo Valenzuela. "Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar", *Temas de la agenda pública* 44 (Centro de Políticas Públicas UC, julio 2011).

44 Viviana Salinas, "Hacia la medición del riesgo de disolución del matrimonio en Chile", *Estudios Demográficos y Urbanos* 33, no. 3 (2018): 769-98.

señala Pedro Morandé, bajo este nuevo contexto cultural la figura paterna, como imagen del régimen “patriarcal”, ha sufrido una progresiva desacreditación y desvalorización como origen de todo autoritarismo y opresión⁴⁵. Frente a ella se alzan movimientos de emancipación que, bajo diversos paradigmas, miran con recelo cualquier limitación a la autonomía individual, incluidos los vínculos de dependencia más elementales como los conyugales y paterno-filiales, que desde este punto de vista buscan ser superados. Asimismo, la exaltación del individualismo hedonista, característico de nuestra época, atenta contra las responsabilidades que implica asumir la paternidad. Como dice Bauman a propósito de la fragilidad de los vínculos actuales, “tener hijos implica sopesar el bienestar de otro, más débil y dependiente, implica ir en contra de la propia comodidad. La autonomía de nuestras propias preferencias se ve comprometida una y otra vez, año tras año, diariamente. Uno podría volverse, horror de los horrores, alguien ‘dependiente’”⁴⁶. Se trata, además, de un compromiso sin límites y por tiempo indefinido, lo que según el autor va en contra de los principios fundamentales de nuestra “modernidad líquida”.

En segundo lugar, el cuestionamiento tanto de la alteridad sexual que se ha venido gestando en el último medio siglo, como también su relevancia en el ámbito de la familia, ha llevado al vaciamiento de la paternidad, a su insignificancia y a que pierda cualquier atisbo de singularidad. Si no hay nada propio o específico en la masculinidad, sino que esta es un mero constructo social, no hay motivo alguno que justifique su presencia específica en la conformación familiar. Como señala María Calvo, “la gran pérdida cultural no es

del padre en sí mismo, sino de la paternidad como función insustituible y esencial”⁴⁷. Los avances tecnológicos han permitido concretar esta prescindencia de un modo radical: por medio de los métodos de inseminación artificial ya no es necesaria la presencia de un padre para engendrar un hijo, sino que basta con el aporte del gameto masculino, instrumentalizando y reduciendo la paternidad al estatus de un semental. De este modo, el fenómeno de las “madres solas por elección” o “*solo mother*” ha ido extendiéndose progresivamente en las sociedades occidentales, privando al hijo *a priori* del vínculo paterno⁴⁸.

A modo de conclusión

Hasta acá hemos intentado mostrar cómo, desde sus orígenes y a través de distintos derroteros viejos y nuevos, en Chile no ha logrado consolidarse socialmente un lugar para el padre. Por diversas circunstancias culturales, económicas y sociales, la debilidad de la figura paterna, expresada en una ausencia física, emocional o simbólica, ha sido una constante en la historia nacional, al punto que puede decirse que forma parte de nuestra identidad. Por lo mismo, al evaluar este fenómeno debemos ser conscientes tanto de su larga raíz histórica como de los problemas contemporáneos que acentúan esta realidad.

Por supuesto que esta descripción sociológica no busca abarcar la totalidad de la realidad que comporta la paternidad, que es siempre plural y heterogénea. Lo que hemos querido delinear son tendencias culturales y sociales que, aunque no son unívocas ni omnicomprensivas, sí resultan lo suficientemente relevantes.

45 Pedro Morandé, “La imagen del padre en la cultura de la posmodernidad”, en Biehl y Velasco, *Pedro Morandé. Textos sociológicos escogidos*, 231.

46 Zygmunt Bauman, *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2003), 65.

47 María Calvo, *Paternidad robada* (Madrid: Almuzara, 2021).

48 Rosanna Hertz, *Single by chance, mothers by choice* (Oxford: Oxford University Press, 2006). Para una visión crítica véase: Calvo, *Paternidad robada*, capítulo 8: “Madres solas por elección”.

La debilidad paterna que ha caracterizado nuestra cultura, sin embargo, se enfrenta actualmente a un nuevo paradigma impuesto en las sociedades occidentales que, como ya señalamos, busca establecer un nuevo modelo de paternidad corresponsable e involucrado en todos los ámbitos de la crianza. Los motivos que impulsan este nuevo paradigma son de diversa índole, pero convergentes. En primer lugar, la evidencia recogida en las últimas décadas, gracias al creciente interés que ha tenido la paternidad para las ciencias sociales, muestra las múltiples ventajas que supone una presencia activa y un vínculo sólido del padre en la familia. Aunque en Chile los datos al respecto son preocupantemente escasos, no lo es en otras latitudes. Según la evidencia disponible ahí puede concluirse que, en términos generales, los niños que cuentan con un padre presente reportan mejores índices de bienestar en diversos ámbitos vitales: salud física y psicológica, afectivo, económico, educacional, sociabilidad. Asimismo, los estudios al respecto concluyen de forma contundente que varios de los problemas sociales que nos aquejan guardan relación con una paternidad ausente. Así, por ejemplo, la *National Fatherhood Initiative* en Estados Unidos, que realiza periódicamente un meta-análisis de los estudios recientes sobre involucramiento paterno, señalan que los niños y adolescentes que no cuentan con un padre presente e involucrado

En términos materiales, los datos indican que los hogares monoparentales encabezados por mujeres son quienes se enfrentan, en mayor medida, a situaciones de pobreza, con la consecuente falta de oportunidades para desplegar sus proyectos de vida que eso supone.

tienen mayores probabilidades de caer en situación de pobreza, tener conductas de riesgo o delinquir, sufrir maltrato, abusar de sustancias como las drogas y el alcohol, abandonar la escuela, tener un embarazo adolescente, entre otros problemas⁴⁹.

En segundo lugar, las demandas por una mayor equidad entre hombres y mujeres en los diversos ámbitos de la vida social han encontrado acá un eje central para su realización. En la medida que los padres participen de forma activa en la vida familiar, y particularmente en todo lo que implica la crianza y cuidado de los hijos, las madres podrán aligerar la pesada responsabilidad que muchas veces recae casi exclusivamente en ellas. En efecto, la falta de corresponsabilidad en la familia es uno de los principales obstáculos para que, las mujeres que así lo desean, puedan participar en otras actividades fuera del hogar, accediendo, por ejemplo, a un trabajo remunerado⁵⁰ o a momentos de descanso en medio de una agotadora doble jornada, cuando deben trabajar fuera del hogar y al mismo tiempo hacerse cargo de sus hijos. Adicionalmente, en términos materiales, los datos indican que los hogares monoparentales encabezados por mujeres son quienes se enfrentan, en mayor medida, a situaciones de pobreza, con la consecuente falta de oportunidades para desplegar sus proyectos de vida que eso supone. En definitiva, como señala la filósofa

49 National Fatherhood Initiative, *Father Facts 8th edition*, 2020. Asimismo, el estudio conducido en conjunto por la Universidad de Princeton y la Universidad de Columbia, *The Fragile Families and Child Wellbeing Study (FFCWS)*, presenta evidencia contundente respecto a la importancia de la participación paterna para el bienestar familiar en diversos ámbitos (Disponible en: <https://fragilefamilies.princeton.edu/>).

50 Según la encuesta CASEN (2017), la tasa de participación laboral masculina equivale a 71,6%, mientras que solo un 48,9% de las mujeres está inserta en el mercado laboral. Del total de mujeres inactivas, un 38% declara encontrarse en esa situación debido a la imposibilidad de conciliar el trabajo remunerado con las labores domésticas y de cuidado, mientras el porcentaje de hombres en la misma condición equivale a solo un 2,1%.

Blanca Castilla “la única defensa eficaz de la maternidad es que haya varones que descubran su paternidad”⁵¹.

Ahora bien, lo paradójico es que, al mismo tiempo que nuestra sociedad es cada vez más exigente en pedir una presencia paterna más activa y lógicas de corresponsabilidad al interior de la familia y fuera de ella, no parece muy consciente de la necesidad de generar las condiciones para que esto sea posible. Así, mientras que se alza un discurso moralizante en torno a los deberes de la paternidad, se critica como conservadora y retrograda cualquier alusión a la necesidad de promover, a través de distintos medios e iniciativas públicas y privadas, estructuras familiares biparentales, sólidas y estables, que favorezca la presencia del padre en el hogar. Por ejemplo, la evidencia indica que uno de los factores más relevantes que inciden en la participación paterna es la relación con la madre. Cuando esta relación se deteriora o se quiebra, las posibilidades de que el vínculo padre-hijo se debilite aumentan considerablemente⁵². En ese sentido, el matrimonio ofrece mayores garantías para un involucramiento activo; sin embargo, en lugar de apoyar y fortalecer esta institución, pareciera que todo tiende a su retroceso y debilitamiento. Tampoco hay un esfuerzo suficiente por mejorar las disposiciones institucionales para evitar el deterioro de las relaciones paterno-filiales en caso de un quiebre inevitable de la pareja, enfocándose muchas veces solo en las responsabilidades económicas que corresponden al padre, como si ahí gravitara exclusivamente su importancia.

Algo similar sucede en otros espacios en los que también se observa un desfase entre expectativas de participación y las condiciones de posibilidad para llevarlas a cabo. En el ámbito laboral pareciera que la necesidad de compatibilizar familia y trabajo fuera un asunto exclusivamente femenino que poco atañe a los padres⁵³. De este modo, las medidas hacia una mayor flexibilidad, permisos laborales parentales, alternativas de cuidado y horarios de trabajo más adecuados se aplican solamente en el caso de las madres, generando en muchas ocasiones un perjuicio laboral para ellas. Otro tanto puede señalarse respecto a las políticas públicas, hoy centradas fundamentalmente en la diada madre-hijo, como un reflejo de la poca valoración y relevancia que tiene socialmente la figura paterna⁵⁴. La escasez de datos cuantitativos y cualitativos que nos permitan una comprensión profunda de las características de la paternidad actual y de los desafíos a los que se enfrenta, es también sintomática de esta indiferencia.

Por último, vimos cómo al mismo tiempo que se promueve la paridad de género en múltiples ámbitos de la vida social, se niega o menosprecia su relevancia en el ámbito familiar, oscureciendo el profundo significado e importancia de la alteridad y complementariedad sexual en la conformación familiar y, sobre todo, en la crianza de los hijos. El desafío está en suscitar una mayor equidad entre hombres y mujeres en el hogar sin desatender a nuestras especificidades que, más que en funciones determinadas —que en la mayoría de los casos pueden ser intercambiables—

51 Blanca Castilla de Cortázar, “Identidad personal. Lo masculino y lo femenino”, en Ángela Aparisi y Jesús Ballesteros, *Por un feminismo de la complementariedad. Nuevas perspectivas para la familia y el trabajo* (Pamplona: Eunsa, 2002), 25-46.

52 Mary Jo Coiro y Robert E. Emery. “Do Marriage Problems Affect Fathering More than Mothering? A Quantitative and Qualitative Review.” *Clinical Child and Family Psychology Review* 1, 1 (1998): 23-40.

53 Sobre este tema véase el informe de Bosch, et al., “Nueva paternidad: Desafíos para la empresa y la sociedad”.

54 Destacan algunas excepciones como las políticas elaboradas entorno al programa “Chile Crece Contigo” destinadas a promover una paternidad activa en las etapas iniciales de los hijos. La legislación laboral también ha presentado algunos avances en materia de corresponsabilidad, aunque limitados en comparación a la maternidad, como el permiso de posnatal paternal, o la Ley SANNA de protección en caso de enfermedad de un hijo menor de edad. Asimismo, la nueva normativa respecto al cuidado personal de los hijos ha supuesto también un avance, otorgando iguales derechos a padres y madres en caso de separación.

se traducen en un modo de llevarlas a cabo propio de cada uno que contribuyen de modo distinto al desarrollo integral de los hijos⁵⁵.

Como señalamos anteriormente, la debilidad que todavía reviste la paternidad, hoy enfrentada a nuevos desafíos, es uno de los síntomas de la fragilidad que actualmente afecta a las familias. Fragilidad que, sin duda, se vincula con el malestar que hoy explica, en parte, nuestra crisis, aunque su vinculación esté invisibilizada en la reflexión política al respecto. Si la familia es, en palabras del sociólogo Pedro Morandé, la *morada humana* por excelencia, el lugar donde la persona es reconocida conforme a su dignidad, “donde se hace a sí misma, construye la figura de su personalidad, crea hábitos, desarrolla sus virtudes, descubre la verdad de sí misma, el sentido del por qué y para qué de su existencia”⁵⁶; no es extraño pensar que en su situación de vulnerabilidad resida una de las bases del malestar social que nos aflige. En este sentido, urge volver a situar a la comunidad familiar, y a cada una de las relaciones que la constituye —entre ellas la paternidad—, como un elemento clave para enfrentar la crisis por la que atraviesa el país⁵⁷.

55 W. Bradford Wilcox y Kathleen, *Gender and Parenthood* (Nueva York: Columbia University Press, 2013).

56 Pedro Morandé, “La familia como comunidad de personas”, en Biehl y Velasco, 276.

57 Consuelo Araos y Catalina Siles, “Las familias y el nuevo pacto. De la banalidad a la dramaticidad”, *Punto y coma* 5, 40-47.

Cómo citar este documento:

Catalina Siles "Ausentismo paterno en Chile, antecedentes y desafíos", *Informe IES* (junio de 2022).

OTROS INFORMES IES

DEMOCRACIA Y LÍMITES. LOS DOS PILARES DE UNA CONSTITUCIÓN LEGÍTIMA

Rodrigo Pérez de Arce

CRISIS POLÍTICA Y MODERNIZACIÓN DEL ESTADO

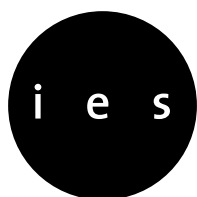
Guillermo Pérez

MUJER Y SOCIEDAD. LAS CORRIENTES FEMINISTAS EN EL DEBATE PÚBLICO CHILENO

Mariana Canales

LEGITIMIDAD DE LA FUERZA PÚBLICA. REFLEXIONES A PARTIR DE LA CRISIS DE OCTUBRE Y LA PANDEMIA

Rodrigo Pérez de Arce



**instituto
de estudios
de la sociedad**

www.ieschile.cl

Renato Sánchez 3838, Las Condes, Santiago. T: 223217792 | 99